

SUERTE QUE TIENEN ALGUNOS Y OTROS CUENTOS

Ángel Santiesteban

Antología personal

Editorial El barco ebrio, España, 2012

ÁNGEL SANTIESTEBAN



(Cuba, 1966) Narrador literario. Graduado de Dirección de Cine. Ha ganado los premios Juan Rulfo (1989), que convoca Radio Francia Internacional. En 1995, gana el premio nacional de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), pero fue retenida su publicación por su visión crítica sobre la realidad cubana en la guerra de Angola. Premio César Galeano (1999) que convoca el Centro Literario Onelio Jorge Cardoso. Premio Alejo Carpentier (2001) que organiza el Instituto Cubano del Libro. Premio Casa de las Américas (2006).

Ha publicado *Sueño de un día de verano* (Cuento, Ediciones UNION, 1998), *Los hijos que nadie quiso* (Cuento, Editorial Letras Cubanas, 2001), *Sur: latitud 13* (Cuento, Emily, 2006), *Dichosos los que lloran* (2006). Actualmente reside en La Habana desde donde escribe en su blog *Los hijos que nadie quiso*, por el cual ha sido condenado

al ostracismo cultural, debido a sus fuertes críticas a la dura realidad social, económica y política de la Cuba actual.

La Editorial El barco ebrio ha publicado también un libro con una selección de los escritos publicados por Santiesteban en dicho blog: *Bloguear a ciegas*.

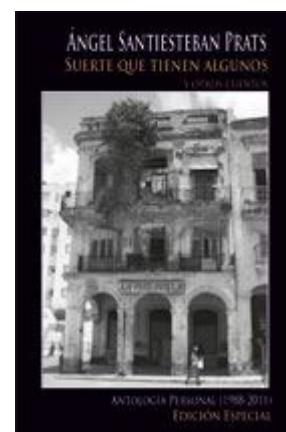
EL ÚLTIMO MENSAJERO DEL JORDÁN

(Cuento de la antología)

Para Nelton Pérez

Es un día cálido y el río baja lentamente; al agua se le hace una raya cuando es partida por el nylon que sujeta el anzuelo de Adrián. La costa queda a unos cien metros y el mar se ofrece como el sueño de una gran aventura... ¡Aventura!, palabra prohibida, se dirá siempre. Justo por asumir la vida a la *Robin Hood*, *Los cuatro mosqueteros*, y otros libros leídos en su inocencia que marcaron esa etapa de su vida, llegó la decisión de partir, ir a ese otro continente distante, diferente.

El dolor radicaba en la separación, dejar lo amado, desde lo más cotidiano hasta la experiencia sexual recién probada,



eso pensaron al principio, luego el dolor caló hasta el centro de los huesos. Nada brinda mayor sufrimiento que la frustración, el engaño y el autoengaño. Pero tenía que ser un héroe. Lo primero que le enseñaron es que en el sistema nadie sobrevive si no tiene una aventura digna que contar. Y llegó la partida. El barco de carga, todos aquellos días hacinados en las bodegas para no ser descubierto por los aviones espías o los satélites. Cierto es que antes de llegar a África, mucho antes de poner sus rusas botas en aquella tierra ajena, ya tenían la convicción de regresar. Ahora en la distancia saben que maduraron dentro de aquel flotante casco de hierro. La travesía los hizo cambiar, les arrebató la venda de los ojos y les hizo ver una realidad difícil de asumir: habían dejado de ser adolescente, se palpaban como hombres desamparados, perdidos en sus mentes y en la historia.

Mejor olvidar los recuerdos. Aquellas evocaciones son lastres que entorpecen el presente... Adrián siente el cuerpo sudoroso, recoge la caña y va a protegerse a la sombra del árbol. Seguramente hoy tampoco podrá llevar pescado a casa. Ocupa la piedra que su padre le ofreció el primer día que lo llevó a pescar, hace ya tantos años. La piedra del abuelo es la más verde y redonda de todas, se sienta en ella y lo recuerda envuelto en el humo de su tabaco y los ojos se le empañan y prefiere fijar la vista en el río, en el agua que golpea una rama desgajada del árbol y hace saltar las gotas que el viento reparte como una llovizna.

Al regreso de la guerra ya el abuelo había muerto. Entonces halló que sus amigos eran diferentes, también la familia, la novia, nadie se parecía a sus recuerdos, o la guerra le inventó, le hizo idealizar un pasado que no le pertenecía. La ciudad le fue irreconocible. La arquitectura, imaginó columnas, arcos que luego no encontró o desaparecieron. Alguien las cambió en el tiempo y el espacio, pero sólo él era capaz de percatarse. Por mucho que preguntó le aseguraban que no existieron cambios. Desde sus puntos de vista nada se transformaba, todo permanecía congelado en el tiempo. Para Adrián, aquella insistencia dejó de tener esa importancia inusitada porque comprendió que ni él mismo era igual.

De alguna manera siente que lo engañaron, no sabe si los que lo llevaron o los que le vieron partir. Y dejaron de interesarles. Desde entonces pasa el tiempo pescando, esa soledad le devuelve algún tiempo pasado que no logra rescatar y que siempre le brinda sosiego.

El ruido del madero al chocar con el borde del río lo saca del enajenamiento: por la longitud y los amarres de varias sogas descubre que es un mástil de buena madera con vetas verduscas y arrastra una tela raída, quizá alguna bandera. En la guerra nada podía pasar inadvertido. La vida se podía perder debajo de cada piedra, tras una pisada, caminar es un juego de ruleta rusa, una sensación que antes de ser consciente del hecho ya no se tendría existencia, la muerte permanecía en todas partes: podría venir desde la copa de cada árbol, en el agua, los pobladores, los mosquitos, el silencio, el aire meciendo las ramas y tus pestañas para cerrarte los párpados y hacerte incumplir la vigilancia en el turno de guardia, en cada sueño una cobra busca calor e intenta cobijarse a tu lado como la mejor de las amantes. La muerte estaba en cada molécula de aquella perfecta y maldita creación.

Y se mantiene atento a los movimientos que el agua le hace dar al leño. No sabe por qué no puede desprender la vista y dejarlo de mirar. Pocas veces un habitante del pueblo tiene la oportunidad de conocer huellas de los pescadores de mar abierto. Saca de la bota el cuchillo comando que aún guarda, y se agacha, se prepara al acecho... Recuerda la playa en los meses de verano, las muchachas, sus risas, los juegos con pelotas. Por unos instantes piensa que no tiene sentido abandonar la sombra; pero ha escuchado historias de personas que encontraron a la deriva pañuelos, anzuelos, ropa interior. A veces se encontraban detalles en los detenidos que podían cambiar un plan estudiado por varios días. Y echa a correr por la orilla en busca del desfiladero, allí podrá alcanzarlo. Lo ve acercarse y estira

la mano, la cara le queda ladeada y sus dedos rozan la madera sin lograr retenerla. Nuevamente echa a correr hasta el bajío y entra al agua como si fuera la última oportunidad de atrapar el mástil, teme que el reflujó vuelva a sacarlo mar afuera. La frialdad en la barriga le hace contener la respiración por varios segundos, abre los brazos, finalmente lo agarra y le clava el cuchillo para asegurar la presa. Al regresar a la orilla comprende la magnitud del mástil y su peso. Con dificultad lo arrastra hasta tierra firme.

Lo primero que ve le provoca una gran desilusión, es cuando descubre que las vetas verduscas que semejaba a una tela no son más que moho adherido a la madera, y la tela raída es un pedazo de lona que sirvió de vela. Siente el impulso de lanzarlo otra vez a la corriente del río; pero hay una jaba de nylon atada al palo y piensa que puede contener algún avío de pesca. El amarre está bien apretado y tiene que cortarlo con el cuchillo. Abre la bolsa y descubre algunas hojas escritas y húmedas. No hay nada más. Intenta cargar el madero pero desde el primer intento prefiere arrastrarlo y lo lleva bajo la sombra del árbol. Está un rato observando los papeles. Con cuidado expone al sol los pliegos deshechos, tienen la tinta corrida y teme no poder leerlos. Es una decena de hojas escritas por ambos lados.

Siempre tiene la sensación de que fueron abandonados en aquella guerra que no les pertenecía, dejados a la deriva como ese tronco recién rescatado. Siente que no fueron cuidados, protegidos. Sólo los mandaron delante como un juego político a comerse las balas sin importar el sacrificio.

Al caer la tarde aún está arrodillado observando aquellos papeles que terminan de secarse. Pero observa que las palabras están borrosas y las ideas quedan inconclusas. Con extremo cuidado guarda los papeles en la mochila y regresa a casa caminando porque sobre la bicicleta va el mástil con su vela. Piensa constantemente en el propósito de aquel mensaje, sus posibles razones, pero sólo le gusta una: quizá sea de algún pescador que pide auxilio desde altamar. No atraviesa el pueblo como de costumbre, prefiere bordear por callejones y entrar por el fondo de la casa, para evitar las preguntas de los curiosos sobre el mástil y la vela. Es posible que pueda descifrar algún mensaje enemigo.

Ordena las hojas sobre la mesa y trata de leer, pero le es imposible hacerlo con coherencia. Entonces se pone a transcribir cada palabra, estudia la caligrafía, la manera de cerrar las vocales, los rasgos que se reiteran y así, lentamente, va armando una historia coherente de lo que alguien quiso expresar. Al terminar la primera versión queda insatisfecho y decide rehacerlo todo desde el principio.

Toda la noche se mantiene obsesionado en recuperar el texto. Apenas levanta la vista del papel y se olvida de la sed y del sueño; sólo es un esfuerzo, un flujo de corriente que se adueña de su cuerpo, de su pensamiento y las letras comienzan a brotar. Al amanecer, tiene sobre la mesa decenas de versiones corregidas de lo que pudo interpretar, el resto es ilegible e indescifrable. Al menos ha descubierto que se trata de un viaje secreto hecho por varios jóvenes en el empeño de emigrar: se disculpan y extrañan a las madres, hijos, novias y esposas. No puede descifrar qué sucedió en un momento clave de la travesía, está demasiado borroso, pero es evidente que algo se acercaba a la embarcación; el final de la palabra que nombra el hecho es "...ta"; así que podía tratarse de una tormenta, una cigarreta o una avioneta; en otra parte es posible leer la palabra "subían", pero es incapaz de interpretar si una ola los elevaba o ascendían a una embarcación de rescate. El párrafo final era un ruego a quien encontrara aquellas páginas para que avisara a sus familiares. El único pedazo de nombre que logra rescatar es "...aldo", lo que podía significar: Osvaldo, Arnaldo, Nivaldo. Habían salido al mar por la costa de Caibarién; pero eran de un pueblo llamado Loma la Cruz, situado en la zona montañosa. Seguramente los familiares estarían desesperados por recibir noticias. No podría enviarles un telegrama ni una carta porque la dirección estaba borrosa.

Sabe que nada puede hacer, el cansancio lo va venciendo, y se va quedando dormido con la cabeza apoyada sobre la mesa. Las arrugas de la madera comienzan a dibujar su piel y un hilo de saliva cae sobre la tabla.

En sus manos tiene una llave grande, de carcelero; varias mujeres le ruegan que les cuente sobre sus hijos, y a pesar de sus esfuerzos por responderles, algo le impide despegar los labios. Es tu deber, le grita una de ellas, siempre serás un soldado, aunque ahora no quieras aceptarlo. Quiere negar, nunca será un soldado. Y despierta... Al comprender que es un sueño respira aliviado, se pasa la mano por la cara para quitarse la saliva. Pasa mucho rato pensando en el sueño; debatiéndose qué actitud debe asumir ante esa carta... Finalmente decide no hacer nada, aquél no era su problema y debía de olvidarlo. Ahora su problema es sobrevivir a la hambruna, a los recuerdos... Y va cerrando los ojos, el cansancio lo vuelve a vencer y regresa al mismo sueño, a las mismas mujeres suplicantes. Mantiene en sus manos la misma llave que se torna más pesada, cerca descubre un baúl pequeño con desproporcionadas cerraduras que evidentemente pertenecen a las llaves que sostiene, pero por mucho esfuerzo de acercarse para abrirlo y ver su contenido, es inútil, el baúl se aleja hasta hacerse inalcanzable, y también vuelve a tener los labios pegados y el empeño por separarlos lo hace despertar afligido, tiene deseos de llorar y no sabe qué hacer, los muertos están ahí, a su alrededor, y ya no puede hacer nada, no queda a quién matar de los enemigos, pero la rabia continúa, el cañón del AK está al rojo vivo, apretaste el gatillo hasta que se acabaron las municiones, pero la impotencia no se apaga; y abre los ojos, entonces no pudo, o no quiso volver a conciliar el sueño.

Cuando amanece ya ha llegado a la conclusión de que tiene la responsabilidad de entregar las últimas noticias de la travesía a sus familiares. Ellos también, de alguna manera, son soldados, como él, empujados a una realidad que no planificaron. Se levanta y va a prepararse para salir en busca del pueblo.

En la mochila echa los originales y los borradores, y con el cuchillo se propone cortar un pedazo de vela como prueba para que los familiares puedan reconocer la autenticidad de la carta; pero comprende que tener el mástil con la tela completa, les sería de un regocijo incalculable. Indeciso observa el tronco, su dimensión y el peso le dificultaría la travesía. Pero piensa que al trasladarse de un lugar a otro buscaría un transporte que le evite tener que cargarlo. También decide llevar una cajita de metal con varios tipos de anzuelos; quizá encuentre un río que le despierte los deseos de pescar. Alcanza del librero Robinson Crusoe, El conde de Montecristo y El viejo y el mar. De una gaveta saca todo el dinero ahorrado, junto con un pantalón y dos camisas: serán suficientes para la ida y la vuelta que a lo sumo duraría tres días. Saca del cuadro la imagen pequeña, un poco borrosa, de la Caridad del Cobre, la que su madre adoraba y le había dejado como recuerdo. Imagina las manos de su madre acariciándola como tantas veces y la coloca dentro de uno de los libros. De la cocina toma varios pedazos de pan, pescado salado y un poco de agua hervida. Al salir se detiene en la puerta, recorre con la vista el interior de la casa y le llama la atención el brillo del caracol que su padre le regaló como trofeo de juventud de la única pesca a mar abierto que hizo en su vida. Es buena idea llevarlo, así podrían conocer el sonido del mar. Regresa y lo coloca en la mochila. No le comenta a los amigos ni a los vecinos el motivo real del viaje; sólo dice que se trata de un pariente enfermo y que debe visitarlo; volverá rápido, eso sí puede asegurarlo. Un vecino dueño de una camioneta le alquila en su traslado hasta la terminación de trenes, y le ayuda a cargar el mástil, cuando pregunta curioso para qué es el madero, Adrián le evade la respuesta. En la ventanilla le aseguran que el tren saldrá en la noche y decide comprar el ticket.

Al principio, luego de estar subido sobre el coche de pasajeros, el tiempo de la travesía es corto con relación a la distancia, pero mientras se acerca, el recorrido se



hace más lento. A veces el tren cruza un puente y el brillo de la luna rebota como en un espejo, lo que más le gusta es ver desde lo alto cómo el río se pierde entre las montañas y la noche. Y no puede evitar ocultarse, la noche es perfecta para una emboscada y su cuerpo se tensa y quita el rostro de la ventanilla... Se supone que el tramo restante, desde la ciudad al poblado, lo haga en pocas horas. No puede discernir si la llegada le causa emoción o temor; la desazón lo mantiene intranquilo.

En Caibarién espera a que amanezca. Luego indaga sobre algún transporte que lo lleve lo más rápido posible hasta el pueblo de destino. Todos le dicen que hacia allá no va nada, por el deterioro de los caminos, no es rentable un viaje así para un solo pasajero. Finalmente, le indican dónde comienza la ruta hacia Loma la Cruz. Y no le queda más remedio que echarse el mástil sobre el hombro.

No puede contar las veces que sube de un tractor a otro; así adelanta varios kilómetros hasta que aparece una bifurcación; los campesinos no hablan, sólo un movimiento de brazo para señalar con el dedo la dirección a seguir, se vuelven sin despedirse; va de una carreta a otra que también se pierde en alguna guardarraya y vuelve a quedarse solo en el camino con aquel pedazo de madera que al parecer comienza a duplicar su peso. Nuevamente emprende la caminata y a intervalos, para descansar y aliviar el dolor de las piernas, se monta en las ancas de un caballo o en el mulo de algún guajiro que pasa, cruza un río en barca, y cuando quiere preguntar por las zonas de pesca, el barquero mueve los hombros como si no entendiera de qué habla.

A nadie le dice cuál es el propósito de su viaje a lugar tan apartado. Entre los civiles hay informantes. Tampoco nadie se atreve a preguntarle. A veces le parece que las personas que encuentra le son tan naturales como un espejismo. Siempre se mantienen callados mirando el camino con tanta atención que comienza a preocuparle que pueda aparecer algún perro salvaje. En el recorrido no se cruza con otras personas. La vegetación es tupida y parece que nunca el hombre ha pisado los alrededores.

Hace varias horas que camina sin escoger el rumbo. El pescado se ha terminado y el agua también. Las piernas le duelen y siente calambres, pero de todas formas mira con cuidado cada pisada, sabe que una mina podría poner fin a su cometido. De cambiar el mástil de un hombro al otro, ha perdido el relieve de la carne y las manchas de sangre traspasan la camisa, y se arregla el fusil y la mochila, teme un ataque de la UNITA. La parte baja del antebrazo también sangra. Recuerda que primero fue una molestia, luego una picazón que enrojeció la carne, finalmente el dolor.

–No debí venir –se dice–. Ha transcurrido un día desde la salida de Caibarién. Este leño ha empeorado mi travesía.

Tampoco quiere echarlo a la orilla del camino, no sabe por qué, pero cada vez que lo piensa se aflige, es como una traición inexplicable a esos muertos que sus sombras lo acompañan constantemente; es como si no supiera quién es él, sólo sabe quiénes son ellos. Ese sentimiento lo despierta todas las noches.

A pesar de tener los hombros y los antebrazos desgarrados, siente que abandonar el tronco es claudicar, traicionar la voluntad de ellos, dejarse vencer, y cuando le propusieron comprárselo para hacer leña, entonces surgió el orgullo, el cansancio disminuyó, y los pasos recobraron la firmeza.

En la tarde ha decidido que si topa con un vehículo que vaya en sentido contrario, regresará; pero conscientemente esa posibilidad se le hace remota. Extraña su casa, la pesca. Se anima pensando que con seguridad los familiares agradecidos por recibir la información le buscarán un transporte para la vuelta. No encuentra rastro de civilización, oscurece y todo presagia que tendrá que dormir

esta noche en el camino, o tratará, porque el miedo no le permitirá conciliar el sueño y luchará por mantener la vigilia como tantas noches que intentó descubrir el brillo de la luna cuando choca contra el metal de los cuchillos de los kwachas.

A lo lejos descubre unas luces tenues y teme que sean francotiradores. Se agacha y espera. A veces se mueven y cree en la posibilidad de que sean ojos de animales. Con precaución se acerca. Fija la vista en la luz más cercana y decide alcanzarla. Según se aproxima, las luces se separan, crecen y se mueven verticalmente, siente el susto.

-¿Qué desea? -le dice una voz inesperada.

Y sin dejar que termine la pregunta, da un salto y se cubre el rostro con las manos para protegerse de algún golpe inminente que no llega y el madero cae al piso; con reserva mira a su alrededor: varias personas permanecen sentadas en taburetes en el portal de una casa.

-¿Está perdido? -dice otra voz.

-Voy en busca de un pueblo llamado Loma la Cruz.

Se quita la mano de la cara y gracias a la luz del farol, puede ver el rostro del viejo que habla.

-Pues no lo busque más, ésta es la primera casa del caserío.

Entonces respira aliviado y la tensión en los músculos desaparece, quiere recoger el mástil y la mochila cae sin advertirlo, las piernas le flaquean y una oscuridad más intensa le cierra los ojos. Busca el AK pero se detiene, ya sabe que la guerra pasó.

Su cuerpo flota y no siente los brazos ni las piernas, y la claridad del amanecer lo despierta. Descansa en una cama con sábanas limpias. Está en su casa y no fue más que un sueño, piensa; pero ésa no es su casa y cuando intenta levantarse para recorrerla, le vuelven los dolores de los hombros y los antebrazos. Luego alguien abre una puerta y un viejo le invita a tomar café en la cocina, se presenta: me llamo Giraldo. Le dice que todos en el pueblo están ansiosos por saber a qué vino; casualmente esperan, desde hace dos años, a un inspector del Ministerio de la Agricultura, pues les ofrecieron la variante de las cooperativas y no la aceptaron, y desde entonces no han sabido nada más. Adrián explica que no es ningún enviado y que el viaje es para llevarles la carta. Cuando termina de relatar la razón de su presencia, el viejo queda perplejo, después sale con prisa.

Adrián continúa tomando el café pero no le gusta y va a escupirlo por la ventana; asomado a ella observa el pueblo y es igual a tantos otros que había conocido antes. Al rato, Giraldo regresa con varias personas, tienen rostros amables y lo tocan suavemente por el brazo.

-¿Verdad que usted me contará sobre mi hijo? -dice una vieja con tantas arrugas que es imposible verle los ojos.

Explica que no sabe quiénes son, no los conoció, quiere decir:

-Sólo encontré esta carta y...

-Por favor, dígame algo de mi esposo -Una muchacha con su hijo cargado interrumpe-, el niño apenas duerme desde su partida.

Adrián intenta explicarle pero tampoco lo dejan, sólo lo abruman con preguntas. Busca los papeles; pero ellos fijan sus ojos en el pedazo de lona que sobresale de abajo de la cama porque alguien le había puesto el mástil allí. Y una señora se agacha, mira desconfiada y estira la mano para acariciar la lona. En ese momento no quieren hablar, temen escuchar malas noticias sobre sus hijos y varias



mujeres comienzan a llorar. Adrián dice que parece haberles ido bien y repentinamente abandonan los sollozos y sonríen.

-¿Cómo viven? -desde el fondo sale una voz masculina que no puede localizar.

-Sólo vine a traer la carta -contesta-, solo a eso. Regresará de inmediato. Únicamente le importaba hacer el favor y ya está cumplido.

-¿Acaso no le gusta este lugar?

-Claro que sí -contesta-, pero es que...

-Debe de sentirse agotado, primero descanse, le curamos las heridas y luego se va.

Adrián sabe que es cierto, el cansancio aún no lo abandona y teme que el sangramiento se agudice y alguna infección le provoque fiebre en el recorrido de regreso. Lo invitan a desayunar y pocas veces en su vida, por no decir nunca, ha visto tanta comida junta. Mientras permanece sentado a la mesa, el resto se mantiene de pie a su alrededor y los que no caben en el interior de la casa observan desde las ventanas, sus movimientos y los de la mujer que aplica fomentos en las heridas. Le anuncian un delicioso almuerzo, pero si prefiere algo en particular sólo debe pedirlo. Siente pena por aquellas personas tan agradecidas, su esfuerzo no vale tanto.

Lo invitan a caminar por el pueblo; no es extenso y los vecinos se asoman por las puertas y las ventanas para verlo pasar y saludarlo. Le cuentan que se fueron ocho muchachos. En aquel lugar todos son parientes. Le enseñan las habitaciones de los jóvenes que mantienen intactas, los objetos permanecen de la misma manera en que los dejaron a su partida; cada día ponen sus platos en la mesa de sus casas.

-Por si se les ocurre regresar de improviso -dice una señora y le sale una lágrima.

Para el almuerzo los habitantes del pueblo sacrifican una ternera y varios pavos. Le ofrecen arroz blanco, amarillo y moros, tres tipos de potajes y de postre, dulces caseros y muchas frutas: anoncillos, marañones, nísperos, chirimoyas. Se siente tan desconcertado que apenas prueba los alimentos, no sabe qué decir, no es tanto lo que tiene para informarles, ni siquiera puede asegurarles el destino definitivo de los jóvenes; pero esa parte tendrán ellos que imaginarla, porque no está dispuesto ni a sugerirles la posible y trágica realidad. Que hubiesen escrito aquella carta y luego la ataran al mástil antes de la tormenta, era una posibilidad de lo que pudo ocurrirles; que fueran rescatados y aun así quisieran avisar para que no se preocuparan, era otra.

En el pueblo nunca le anuncian a Adrián lo que debe hacer a continuación; y esta vez lo trasladan a otra casa con una habitación más confortable para que duerma la siesta. Tanta comodidad le molesta. Permaneció muchos meses durmiendo a la intemperie, sobrevivió al paludismo, a las serpientes, los mosquitos, las balas, las granadas, los cuchillos de aldeanos traidores. Todo lo pudo soportar aunque ahora arrastre la secuela.

Afuera conversa un grupo de personas. No puede conciliar el sueño. Sabe que los defraudará cuando sepan lo poco que sabe de la historia. Se levanta y varias mujeres que esperan en silencio, sonríen y una de ellas le pone los zapatos y no atiende a su negativa para hacerlo él, le cambian las botas, éstas son nuevas, y también cambian los paños que cubren las heridas. Le muestran varias camisas y pantalones, que no se preocupara por lavarlos, ellas lo harán. Él dice que lo agradece; pero no puede aceptarlo, se va al amanecer. Ya el descanso es suficiente. Se ponen serias y se van sin despedirse. Vuelve a estar solo y se siente apenado por su falta de tacto. De todas formas ya tomó la decisión de regresar al día siguiente.



Ni siquiera pudo soportar el hospital cuando lo internaron después de la batalla donde perdió a gran parte de sus compañeros y a partir de entonces sus gritos comenzaron a ser ajenos, de una boca que no podía callar, y quería agredir a todos los que se acercaran: los oficiales, los médicos, su propia sombra.

Un señor que no recuerda haber visto antes lo saluda, se llama Clodovaldo, le dice que afuera el pueblo espera para que le cuente sobre la travesía. Él quiere decirle que no sabe absolutamente nada de lo sucedido en el mar, sólo vino a entregar la carta, ésa era su misión y ya la da por terminada. Les regalará varios libros con temática marina y los saca de la mochila, cae al suelo la imagen de la Santa que el viejo se apresura en tomar y queda mirándola sorprendido.

-¿Son ellos?

Adrián no sabe qué contestar, no está seguro de que sea un juego.

-¿Los que van en la embarcación son nuestros muchachos, verdad? -insiste el hombre.

-Es la Patrona de Cuba -le responde.

El viejo mueve los hombros desconfiado y sin quitar la vista de la foto. Adrián la alcanza y sólo con un tirón puede sacarla de los dedos del otro. Y vuelve a guardarla en la mochila sin lograr que Clodovaldo aparte la vista de ella.

El hombre insiste.

-¿Qué daño puede hacerle que relate los hechos -dice el hombre con voz afligida-. Se nota que es un hombre inteligente y de buen corazón; entonces, por favor, acepte, así ellos quedaran satisfechos, para corresponderle le ayudarán a regresar.

Y Adrián recuerda las dificultades que enfrentó para llegar hasta aquel lugar. Sólo de pensar que tendría que pasar nuevamente por lo mismo le quita los deseos de emprender el regreso. Y decide negociar.

Cuando sale están sentados en sillas que trajeron de sus casas, las acomodaron como si fuera un teatro. Por sus rostros tiene la certeza de que en ese momento nada es más importante que las noticias de la carta. Saca de la mochila los pliegos y comienza a leerlos. Permanecen atentos a la lectura, y cada vez que un detalle se refiere a una de las familias crecen las emociones y los besos. Al llegar a las partes que no pudo transcribir lo advierte y la gente hace gestos de fastidio. Al final, dice que firmó alguien con un nombre terminado en "...aldo". Se quedan defraudados. Pregunta qué sucede y le responden que todos los nombres de los varones del pueblo finalizan en "aldo", es una tradición en homenaje al fundador del pueblo. Aldo creó Loma la Cruz hace ya tanto tiempo, con una junta de bueyes y mucha argamasa. En el grupo se fueron Osvaldo, Ronaldo, Nivaldo, Romualdo, Waldo, Bernaldo y dos Arnaldo. No sabe qué contestar. Piden ver el mástil con la vela. Por supuesto, dice. Cada persona la besa y seca sus lágrimas. Luego amarran la lona a una vara larga y la izan, y el mástil lo clavan en la tierra a la entrada del caserío. Se mantienen un rato en silencio, mirándola como si a través de aquella tela vieran sus rostros. Después regresan a sus asientos. Siguen a la espera con un silencio incómodo y Adrián siente ganas de correr y alejarse de esta gente. No tiene nada más que leer, las otras partes el agua las ha borrado.

-¿Y para mí qué, señor? -dice llorosa una muchacha-. Mi suegra pensará que su hijo se fue por estar molesto conmigo y querrá echarme la culpa de no tenerlo en casa.

Adrián mueve la cabeza para negar.

–Usted no puede imaginar el valor de cada palabra suya –Y se arrodilla, le hala el pantalón–, el peso de cada palabra, la trascendencia en nuestras vidas.

Adrián intenta apartarla, debe pensar, analizar lo sucedido, tiene que emprender el regreso de inmediato. Pero comprende que nada los calmará.

–Está bien –dice–, prometo rescatar las partes que faltan, haré el mayor esfuerzo por complacerlos.

Las mujeres continúan suplicando, le aseguran que si no llegan a saber todo su contenido morirán de tristeza. Y él vuelve a su habitación.

Se acuesta aturdido, cierra los ojos y se echa una almohada sobre la cara para no escuchar sus voces. Necesita pensar, buscar una forma de cómo escapar de esta situación. Entonces decide escribir el resto del día y la noche: cuando amanezca podrá entregarles otra parte del texto y, complacidos, lo ayudarán a regresar. Pide lápiz y papel. Con la mayor paciencia posible va descifrando letra por letra, vuelve a comparar, a revisar, imita la caligrafía. Fija intensamente la atención, apenas puede ver los rasgos y con esfuerzo, la vista perdida dentro de aquellos borrones, casi copiando párrafos de los libros que llevaba, luego adivinando, comienzan a surgir las palabras y se sorprende conjugando letras, sonidos, brotan con tanta facilidad que piensa que eso es realmente lo que han querido contar los jóvenes de la carta. Y las palabras lo transportan, se va dejando caer en otro espacio que se abre como la luz cuando traspasa la neblina y los distingue sobre una balsa, mojados y con frío y miedo, y examina los rasgos de la caligrafía deshaciéndose tras cada oscilación brusca provocada por las olas, y descubre sus rostros preocupados, absortos en los últimos recuerdos de tierra. Y sin que pueda evitarlo las palabras se van convirtiendo en oraciones, después en párrafos; apenas mira las hojas borrosas, como un río desbordado llena los espacios de la hoja y, por primera vez siente placer, una fuerza que le nace por dentro y lo vuelve poderoso, un dios al que le pertenecen la vida y la muerte, en acto mágico que ni él mismo podía creerse, salvo que no existía nada que pudiera opacar esa sensación de ser útil a los demás, de sentirse la persona más importante del mundo mientras aquellas poderosas imágenes brotaban. Y se traslada en el tiempo y en el espacio: su cuerpo está mojado y con frío, le duelen las manos por las ampollas de tanto remar y el miedo se apodera de cada partícula de su cuerpo; pero su mano no se detiene y las ideas fluyen, y entonces los navegantes dejan algún mensaje para sus familiares, les recuerda objetos que ha visto en sus habitaciones, perros, caballos, el brocal de un pozo, su agua fresca, la sombra del árbol que está justo a la entrada del caserío.

Cuando termina, descubre varias páginas recién escritas, y tiene el cuerpo entumecido, piensa que son suficientes, y las mira sorprendido como si no le pertenecieran, dudando que fueran escritas por él. Acaricia las hojas con ternura: las leerá en la mañana y seguramente quedarán satisfechos. Sonríe. La emoción no lo deja descansar. Y en la noche se levanta de la cama varias veces, para releer las historias.

Al amanecer, se asoma por la ventana. La gente sigue en el mismo sitio donde las dejó el día anterior; no sabe si han regresado muy temprano o no se movieron del lugar mientras él permanecía dedicado a la escritura. Se mantienen inmóviles y en silencio.

Sale de la habitación sin afeitarse, le gustaría terminar lo más rápido posible. No quiere mirarlos, ni siquiera los saluda. Sólo se sienta y fija la vista sobre los papeles, comienza a leer la carta desde el principio, y ellos repiten los mismos gestos y expresiones que el día anterior, como si fuera la primera vez que lo escucharan, se abrazan y felicitan. Aplauden. Piensa que lo hace bien, que al terminar quedarán satisfechos. Se anima y pone un poco de dramatismo y actuación en las palabras. Ahora cada familia tiene su párrafo en la carta con



saludos y consejos, luego les describe algún paisaje marino. La última línea es la despedida de todos los "...aldos". Cuando termina los ve eufóricos, se repiten los pasajes con las palabras que pueden memorizar, agregan otras que no fueron leídas y exageran los hechos leídos como en una espiral infinita. Y siente satisfacción ante la tropa. Los oficiales lo miran orgullosos.

Entonces quiere saber cuál sería la forma más rápida para regresar, y cómo lo ayudarán. Se hace silencio. Lo miran fijamente. Le preguntan si no le gusta la idea de quedarse a vivir con ellos. No tendría que labrar la tierra, su trabajo consistiría en leer la carta por las noches. A pesar de la sorpresa dice que no, sólo quiso hacer un favor, había hecho un trato con ellos y lo cumplió; ahora les toca cumplir con su parte y ayudarlo a retornar. Le responden que nunca incumplen su palabra: hicieron el ofrecimiento como una muestra de reciprocidad. Al escucharlos siente alivio. Le dicen que prepare sus cosas, que rápidamente lo acompañarán a la entrada del pueblo y allí tendrá la posibilidad de retornar.

Adrián entra a la casa. El viejo Giraldo va tras él, mirándolo con atención. Titubeante, pregunta si ha leído toda la carta. Le responde que sí, al menos lo que pudo descifrar. Giraldo insiste en la posibilidad de que queden partes por leer. Comprende la intención del viejo; pero ya no le importa lo que piensen. Le dice que podrían buscarse a otra persona que los ayudara. Sí, contesta el viejo, con seguridad la buscaremos, y abandona con prisa la habitación.

Una señora entra al cuarto y pregunta si no interrumpe. Le responde que de ninguna manera y la invita a pasar; viene con un niño que se oculta detrás de ella, a veces puede verse su cabeza que luego esconde. Le dice que es su nieto y que desde la partida, había dormido por primera vez una noche completa después de escuchar las palabras de su padre a través de él. Adrián se siente feliz de saber que no ha sido en vano tanto esfuerzo, y piensa que esa sola razón es suficiente para repetir el viaje. Toma al niño por la mano y éste se deja llevar, su mirada es noble y a pesar de su edad, agradecida. Entonces Adrián quiere alegrar al niño y se le ocurre enseñarle el caracol.

–Mira –le dice, y el niño lo retiene entre sus manos y lo mira desinteresado–, escucha –le insiste Adrián–, acerca el oído y podrás saber desde dónde te escribió la carta tu padre.

El niño abre los ojos y toma el caracol.

–Allá adentro quedó el mar –le repite–, ése es el sonido de las olas.

El niño aparta el caracol del oído para mirar a su interior, luego vuelve a escuchar, y repite varias veces los mismos gestos. La abuela desconfía y hace amagos para alejarlo del caracol, teme que dentro haya algún bicho y le muerda la cara.

–Es el mar, abuela, allí está papá.

Y la abuela lo va acercando con lentitud. Inmediatamente las lágrimas comienzan a correrle por la cara y va apretando el caracol contra su piel. El niño lo alcanza después de arrebátárselo a la abuela.

–Papá, ya te oí, ¿estás ahí?.. –grita por el orificio del caracol–: papá, respóndeme.

Adrián se asusta, varias personas se acercan y miran sorprendidos el caracol. Entonces, con un gesto rápido, se lo quita al niño y lo guarda en la mochila.

–Es hora de irme –dice como disculpa.

Al salir, los vecinos comentan que no les ha entregado todas las pertenencias de sus hijos, pues se apropió del caracol; seguramente ellos grabaron sus voces allí

dentro y él no lo ha querido devolver. Adrián dice que no es cierto. El caracol es un recuerdo familiar. No quedan conformes porque si es un regalo que le han hecho.

–¿Y cómo pudo el niño conversar con su padre?

Insiste en que sólo ocurrió en su imaginación. Le ofrecen comprárselo y él se niega.

–¿Y la foto de nuestros hijos que esconde de nosotras? –le dicen ofendidos–. Los que la han visto dicen reconocer sus rostros. Sabemos que tuvieron la aparición de una Santa. Usted debe entregarla.

Sabe que no vale la pena explicarles y se mantiene callado. Entonces regresan a sus casas. Adrián se queda solo con el remolino que levanta el polvo. Y recuerda la ceniza que entró en sus ojos después de la batalla. A partir de entonces ya nada volvió a ser igual. Tiene la mochila en el hombro y va hasta la entrada del pueblo.

Cuando el sol baja se siente aliviado, pero a la vez inquieto porque cada hora que transcurre reduce las posibilidades de encontrar un transporte. Las pocas carretas que pasan le gritan que van cerca, muy cerca. Así llega la noche y luego el hambre. No quiere entrar al pueblo; quizá ya no sea bienvenido y lo rechacen. Le molesta la aparente tranquilidad, los imagina apostados tras cada rendija. Se quedará allí hasta que aparezca la manera de llegar hasta Caibarién. O mejor emprende el regreso caminando. Y sale, está consciente de lo que deberá enfrentar; pero nada lo detiene. No soporta más tiempo en ese lugar con tantas personas mal agradecidas. Y el viejo Giraldo lo alcanza histérico, y se abraza al mástil clavado en la tierra y lo remueve y logra sacarlo a la superficie.

–Ahí lo tienes –le dice y lo deja caer delante de sus pies–, llévatelo, no lo queremos, devuélvelo al mar junto con el caracol y la foto, aquel es su lugar, nunca debiste haber tocado objetos sagrados, menos traerlo hasta aquí y engañarnos; ahora debes asumir esa responsabilidad.

Adrián intenta negarse pero el viejo lo increpa

–Sí, tienes que llevártelo, y no intentes dejarlo abandonado a la orilla del camino, lo sabríamos de inmediato y no queremos hacerte daño. ¿Entiendes?

Y Adrián vuelve a levantarlo, tiene deseos de llorar, no puede descifrar si es de angustia o de ira. Los movimientos son mecánicos, levanta el madero y al echarlo sobre el hombro recuerda el intenso dolor que sentía a su llegada. Se aleja. No sabe cuánto tiempo camina, el sudor sobre su cuerpo, el calor, la luz del sol en sus ojos, los recuerdos, le provocan mareos, pero resiste, continúa el avance hasta que comienza a caer la tarde. Siente el cansancio de las piernas, sus brazos, la espalda, y un vacío en el estómago que le provoca ardencia. La oscuridad se ha comido el entorno. Y tanta soledad le provoca temor, una desconfianza que lo mantiene alerta, el sobresalto se va convirtiendo en miedo, luego en pánico, una aprensión que lo disminuye, le endurece los músculos, se le engarrotan y no le permiten caminar. A veces le parece escuchar voces, pasos, ruidos y respiraciones y manotea al viento sin dirección para espantar algo que le viene encima, quizá sean los kwachas, y luego resulta ser aire. Piensa que puede ser el viejo Giraldo en constante vigilia para que no abandone el mástil. A cada rato parece quedarse sin fuerza, pero alguna idea en su interior levanta el ánimo perdido y continúa avanzando. Llega el momento que pierde la noción, avanza por inercia y se va dejando caer, tiene los músculos tensos y cierra los ojos. No sabe cuándo deja de sentir hambre ni miedo, ni cuándo se duerme. Sólo siente el frío de la soledad y el vacío de no existir.

Al despertar, se encuentra otra vez en la misma cama, como si su partida fuera un sueño. A pesar de no ver a nadie le dejan sobre la mesa abundante desayuno, tiene deseos de tomar alguna fruta pero prefiere no hacerlo. Recoge la mochila, la



sangre moja el hombro de la camisa y corre de vuelta al camino; el sopor que sale de la tierra le recuerda el sufrimiento de la noche anterior, y decide no retomar lo así. El mástil está enterrado en el mismo lugar. El viejo Giraldo se le acerca para advertirle que si emprende el regreso no olvide llevarse el mástil. Mientras permanece allí pasan algunas carretas, pero le dicen exactamente lo mismo: van cerca. Cuando comienza a caer la tarde llora como un niño.

Amanece y aún está a la entrada del camino. No soporta la debilidad y el agua se le ha terminado. Comienza a llover y se guarece debajo del árbol; después la ropa se le seca sobre el cuerpo. Luego otra noche, y otra, y la fiebre lo abraza, delira, entonces ya no tiene fuerzas, apenas puede distinguir las figuras, no logra mantener los ojos abiertos, y ya no puede llorar. Tiene los labios cuarteados, la lengua reseca, y no sabe cuándo comienza a arrastrarse hacia las casas. Por favor, los necesito. Pero no le abren las puertas. Ofrece su amistad. Las ventanas están cerradas. Con el último aliento les dice que entregará el caracol y la foto; pero, por favor, ayúdenme. Y se abren puertas y ventanas y la gente sale a socorrerlo; pero ya él está inconsciente.

Duerme dos días seguidos y se levanta asustado. Varias mujeres le piden que no tenga miedo, todo está bien. Lo han cuidado y ya no tiene fiebre. Al verse aún en aquel lugar deja caer su cuerpo en la cama, cierra los ojos e intenta dormir nuevamente. Las mujeres lo sientan y le ponen un babero para darle una sopa caliente, y tras cada cucharada le limpian los labios con un pañuelo. Después lo bañan y visten. Busca en su mochila el caracol y la foto y no los encuentra, tampoco está la cajita de los anzuelos. Le dicen que las pertenencias de sus hijos fueron devueltas a los familiares y señalan hacia la ventana, observa que hay una fila para tocar los anzuelos, mirar la imagen de la Santa, y escuchar el sonido del caracol: le susurraban algo al interior, como si hablaran por teléfono.

El viejo Giraldo se le acerca sonriente, le pone el brazo sobre los hombros.

–Le ha proporcionado al pueblo una felicidad incalculable con la decisión de quedarse varios días –y levanta los hombros–, sólo unos días más, qué le cuesta, ¿verdad?

Adrián no le responde, sólo lo mira fijamente. Como ya sabe que salir de allí sin su ayuda es imposible, intentará llegar a un acuerdo con ellos.

–Está bien –dice–, me quedo unos días; pero después ¿cómo me voy?

El viejo promete darle una bestia para el regreso, le regalarán un buen caballo, no importa lo que luego haga con la bestia, será de su propiedad. Adrián mueve la cabeza y dice que está conforme, ojalá lo cumplan como él hará con su parte. El viejo vuelve a sonreír y señala los lápices y las hojas que aguardan sobre la mesa.

En las mañanas y en las tardes escribe, y en las noches lee a las familias que continúan con la misma ansiedad. No les importa de dónde ha sacado aquellas historias que les cuenta, sólo quieren oírlas y pensar que son de los jóvenes que se fueron. Les cuenta, en esa larga travesía por el estrecho, enfrentamientos en el mar, pesquerías de tiburones y tesoros escondidos en islas deshabitadas.

La cola para escuchar el caracol nunca se acaba. Siempre quieren oír aquel sonido que los encanta. Adrián camina por el pueblo como si fuera una sombra, oculto en la realidad de sus historias. Pasa un mes desde la última vez que habló con el viejo Giraldo. Pregunta si ya es suficiente, si podrían facilitarle el caballo. Giraldo le asegura que en la noche hablará con la comunidad y después le dará respuesta.

Esa noche espera impaciente por la respuesta. Dentro de la habitación camina de un lado a otro y se asoma varias veces por la ventana. Luego se queda dormido.

A la mañana el viejo se le acerca con un hermoso caballo, es tuyo; luego le señala una montura que aguarda en el portal, ésa también es tuya. Adrián no puede reprimir la alegría.

–Pero tendrás que estar quince días más para pagar la montura.

–¿Quince días más?, ¿no le parece un abuso, señor Giraldo?, ¿no cree que es suficiente con todo lo que hice?

–No es mi culpa –responde el viejo–, es la decisión de la mayoría... Lo toma o lo deja.

Adrián rechaza la montura, no le hace falta, en su lugar pondrá un saco.

–Ése sería otro trato que debo consultar con los que me enviaron.

Y Adrián se desespera al ver que se lleva el caballo.

–Está bien –dice es perfecto y justo el trato, quince días más y podré irme. Giraldo vuelve a sonreír: así me gusta, siempre demuestra que usted es una persona inteligente.

Continúa escribiendo por el día y leyéndoles por las noches. Y sólo cuando escribe no piensa en su casa, en ese momento no pertenece a ningún lugar, nada es más importante que la historia que cuenta, y se le olvidan los horrores de la guerra, ya no lo martirizan las imágenes de los muertos, el olor a carne quemada mientras la pólvora humea entre la sangre que escapa por los orificios. La angustia regresa en el mismo instante del punto final cuando termina de contar, imaginarlos en medio del mar, siente cómo el dolor regresa para alojarse en el pecho. Piensa que si no termina con esa agonía se volverá loco y nunca volverá a ser el mismo. La mañana que se cumplen los quince días, prepara la mochila, ahora un poco más abultada porque en los últimos días ha hecho copias de todas las historias escritas.

El viejo Giraldo le trae el caballo con la montura y el mástil amarrado a un costado. El pueblo se asoma a despedirlo y con un gesto de la mano dice adiós, y le suelta las riendas al caballo que inmediatamente salta para dar su primera zancada; poco falta para que caiga, pero nadie hace el menor gesto por sujetarlo. En minutos los pierde de vista y se calma cuando mira hacia atrás y ya no puede ver a nadie. Pasará la noche viajando, para al amanecer llegar a Caibarién. Según se aleja comienza a sentir tristeza. Se pregunta si su vida tendrá sentido sin aquellas personas que esperaban impacientes cada texto suyo. El caballo toma el trote deseado y después, paulatinamente, lo hace más aprisa; al principio no le preocupa tanto. Y vuelve a mirar hacia atrás como tantas veces. Pero el caballo continúa apresurando el paso y Adrián no lo puede controlar, apenas logra sujetarse, el caballo gira y toma su propio camino, con seguridad de regreso al pueblo. En una pendiente pega un salto e incapaz de sostenerse en la grupa, Adrian se va separando de la montura, y da muchas vueltas en el aire antes de caer por la quebrada, hace un esfuerzo por levantarse pero la intensidad de los dolores le provocan un grito que se convierte en alarido.

Cuando el caballo entra solo al pueblo, los familiares aún permanecen en la misma posición, silenciosos. De repente la alegría los invade y se abrazan dando saltos. Varios hombres se unen a Giraldo y van en busca de Adrián. Lo encuentran donde habían supuesto, de allí no pasaría, dice uno y cobra una apuesta bajo la mirada acusadora del viejo Giraldo. Está sin conocimiento, y el viejo le alza la cabeza y le hace probar de su cantimplora, y sin ocultar la alegría dice: con esta agua que bebes ya nos perteneces. Luego lo suben del barranco y lo llevan de vuelta. Se mantiene muchos días delirando.

Al despertar, Adrián tiene las piernas, un brazo y los dedos de una mano entablillados, y las heridas vendadas.

–Te salvaste de milagro –dice Giraldo–, después de tu partida nos quedamos intranquilos y fuimos tras de ti para acompañarte; entonces vimos el caballo de vuelta.

Adrián los escucha aún sin poder creer su situación.

–Llevas ocho días en cama –continúa Giraldo–, pero no te preocupes, tendrás lo que necesites, aunque muchos estimen que no lo mereces.

Apenas puede contestar por la inflamación de la cara, tiene un labio desgarrado y golpes y heridas por todo el cuerpo.

–Parece que el destino te trajo para quedarte –dice Giraldo y sonrío–; eso pasa –luego el viejo se va y cierra la puerta.

Adrián se queda en la penumbra. Es la hora de la tarde, cuando el sonido de los pájaros se deja de escuchar. Observa la mesa donde reposan los escritos. Lo que más le afecta es no poder escribir, piensa en el tiempo que pasará sin hacerlo. Desea que las heridas sanen con rapidez para comenzar una historia. Mira su mano, es imposible, pero se consuela pensando que por lo pronto podrá escribir en la mente; sí, eso, lo imaginaría todo, memorizará cada palabra, cada frase y después al papel. Está un rato buscando un tema y, de repente, recuerda el último domingo de pesca, la desembocadura, el mar que se ofrece después como el sueño de una gran aventura; luego el río, el momento en que descubre el mástil, queda mirando sus vetas verduscas y se pregunta si debe levantarse de la piedra. No, no vale la pena abandonar aquella sombra tan placentera; pero la curiosidad es muy fuerte, conoce de personas que encontraron a la deriva pañuelos, anzuelos, ropa interior. Sin saber por qué, no deja de mirar el madero. Teme que el reflujo vuelva a sacarlo mar afuera.

Y echa a correr por la orilla. Lo ve acercarse, se detiene y estira la mano y sus dedos rozan la madera sin lograr retenerla, y nuevamente echa a correr hasta el bajío y entra al agua como si fuera la última oportunidad de atrapar el mástil.

Porque también quedaría la posibilidad de recordar a sus compañeros que no regresaron, escribir sus últimos momentos. No puede dejar de preguntarse si es un hombre con suerte al mantenerse con vida después de los sacrificios y de los muertos. Y cuando hace el recuento surgen tantos sentimientos, tantas dudas...

A veces piensa que su destino es morir en tierra ajena. Quizá era mejor opción haber quedado enterrado en aquella tierra lejana.